

Arthur C. Danto

# Narración y conocimiento

Incluye el texto íntegro de  
*Filosofía analítica de la historia*

Introducción de Verónica Tozzi

Traducción de Luisa Fernanda Lassaque

prometeo  
libros

## Capítulo III

# Tres objeciones contra la posibilidad del conocimiento histórico

Creo que pocos de nosotros tienen serias dudas de que los historiadores, a veces, logran ese objetivo que mínimamente les he atribuido: que, a veces –en realidad, con frecuencia y típicamente– logran formular enunciados verdaderos sobre cosas de su pasado. La pregunta es si estamos justificados en suponerlo. Por supuesto, plantear tal pregunta no equivale a dudar de la competencia ni de la integridad de los historiadores. Es claro que tenemos formas de ver la incompetencia y la mendacidad, y esas formas son, por lo general, suficientes para determinar si se hace abuso o mal uso de las capacidades historiográficas. La cuestión, más bien, es: 1) si esas capacidades nos permiten lograr el propósito mínimo en función del cual nos tomamos el trabajo de dominar tales capacidades, y si ellas nos permiten formular enunciados verdaderos sobre las cosas de nuestro pasado o 2) si nos permiten decidir si algún enunciado que se proponga este objetivo es verdadero o falso. La cuestión es todavía más general que esto que acabo de decir; supongamos que podría demostrarse que estas capacidades –cuyo dominio y uso sincero le valen a alguien, gracias a los criterios actuales, la calidad de “historiador”– fueran, por algún motivo, totalmente insuficientes para lograr nuestro objetivo mínimo. Es apenas plausible suponer que podría demostrarse tal cosa, pero si lo fuera, los hombres podrían entonces disponerse a encontrar otro conjunto de capacidades que se ajustaran mejor al logro de este propósito que las capacidades actuales. Ha sucedido en la historia del pensamiento que se demostró que un cierto conjunto de técnicas, imaginadas como suficientes para lograr un objetivo determinado –por ejemplo, para resolver un cierto tipo de problema– no lograban tal objetivo, y entonces hubo que encontrar técnicas nuevas y más poderosas. Pero no me interesan

aquí las objeciones contra las capacidades historiográficas actualmente aceptadas; más bien me interesan las objeciones contra nuestra capacidad de formular enunciados verdaderos sobre el pasado valiéndonos de *cualquier* conjunto de técnicas, de suerte tal que toda nueva mejora en las técnicas existentes sea tan inútil, digamos, como lo serían las nuevas mejoras en los compases existentes si se demostrara que no se puede, a través del solo uso de una regla y un compás, dividir un ángulo en tres partes. Plantear la pregunta de esta forma *general* equivale a emprender un ataque a los cimientos del conocimiento histórico, y es este ataque lo que ahora me interesa.

No suele suceder, por lo general, que uno adopte una posición de escepticismo a gran escala respecto de enunciados que, se supone, versan sobre el pasado. Se puede dudar de este o aquel enunciado, pero tal cosa sucede habitualmente por alguna buena razón; por ejemplo, que uno desconfíe de la persona que lo formula, o que compruebe que las pruebas ofrecidas en apoyo de tal enunciado son defectuosas en algún sentido, o rechaza el enunciado porque choca con algún otro en el que sí confiamos. A menudo, ese otro enunciado será *en sí mismo* un enunciado sobre el pasado. Así, podemos rechazar el enunciado de que Sir Walter Raleigh era ateo porque aceptamos como verdad ciertos otros enunciados sobre la conducta de Sir Walter que son incompatibles con el hecho de que haya sido ateo. Y en tal caso, siempre estamos al menos prestos a aceptar el contradictorio natural de un enunciado rechazado; es decir, que Sir Walter *no* era ateo, que, en sí mismo, es un enunciado sobre el pasado. Podemos aceptar aquí un escepticismo a gran escala sólo si la aceptación de *cualquier* enunciado supuestamente sobre el pasado chocara con algún otro enunciado que estuviéramos prestos a aceptar como verdad y excluyera *cualquier* enunciado sobre el pasado; que excluyera *tanto* “Sir Walter Raleigh era ateo” *como* su contradictorio natural. Pero una proposición de tal tipo debe ser totalmente general si ha de justificar el escepticismo *a gran escala*; es decir, si ha de implicar la inaceptabilidad de  $p$  y de  $\text{no-}p$ , si  $p$  es un enunciado supuestamente sobre el pasado. A través del *contradictorio-natural* de un enunciado quiero decir un contradictorio que conserve el mismo sujeto, predicado y tiempo verbal de la proposición rechazada, de suerte tal que “S no fue P” es el contrario natural de “S fue P”.

Ahora expondré brevemente tres argumentos que, si resultan convincentes, implican la posibilidad de formular cualquier enunciado verdadero sobre el pasado y justifican un escepticismo a gran escala hacia  $p$  y  $\text{no-}p$  si éstos se encuentran en tiempo verbal pasado. Estos argumentos atacan tres puntos de enunciados emitidos supuestamente respecto del pasado: su significado, su referencia y sus valores veritativos. No creo que ninguno de estos argumentos sea coactivo; por el contrario, es fácil ver, en general, cuál es el problema de cada uno. Pero analizar cada uno de ellos en detalle no es sólo filosóficamente instructivo, dado que los argumentos mismos son filosóficamente interesantes; además sacarán a la luz diferentes aspectos del concepto de la historia, y es esta característica la que, espero, justificará el extenso tratamiento que propongo darles a dichos argumentos en capítulos siguientes. Por ahora me limitaré a enunciar cada uno y a comentarlo brevemente.

1) Cada enunciado supuestamente sobre el pasado *carece*, hablando estrictamente, *de significado*. Pero entonces, con enunciados que carecen de sentido, la cuestión de si son verdaderos o falsos no puede, en principio, plantearse. Entonces, si no podemos formular un enunciado significativo sobre el pasado, no podemos formular un enunciado verdadero sobre el pasado.

Ahora bien: este argumento presupone una cierta teoría del significado. El lector acostumbrado a lo complejo reconocerá, de hecho, que lo que se presupone es el famoso Criterio de Verificabilidad del significado, que, en una de sus muchas formulaciones, sostiene que toda proposición no analítica tiene significado sólo cuando es verificable por la experiencia. A veces, se consideró que este principio implicaba que debemos ser capaces de experimentar eso de que se trata la proposición; pero no podemos ahora experimentar de qué se tratan supuestamente los enunciados sobre el pasado; por lo tanto, no podemos verificarlos y, por ende, por aplicación del criterio, no tienen sentido. Pocos son tan puritanos o tan heroicos como para sostener este punto de vista extremo, y mucho menos los autores del Criterio de Verificabilidad, cuyo objetivo, en definitiva, no fue la extirpación de la ciencia empírica, sino su explicación. Sin embargo, una versión moderada, que sostiene que el significado de una oración empírica es sólo su modo de verificación, tiene consecuencias tan paradójicas como las anteriores; porque entre los

modos de verificar los enunciados históricos apenas podemos concebir la experiencia de de qué se tratan, porque ahora, en el presente, no podemos hacer tal cosa. En cambio, lo que sí hacemos es buscar pruebas para respaldar tales enunciados, y este proceso entonces sugiere que el significado de un enunciado histórico equivale al proceso de encontrar pruebas históricas, y que los enunciados históricos, en consecuencia, pueden interpretarse como predicciones referidas a los resultados de los procedimientos historiográficos. Pero dichos procedimientos deben tener lugar después del pronunciamiento de los enunciados históricos dados, cuyo significado se encuentra en el *futuro* del historiador. Y como el significado de una proposición es eso de que trata la proposición, los enunciados históricos, cuando tienen significado, tratan sobre el futuro. Así que seguimos incapaces de formular enunciados significativos sobre el pasado; por lo tanto, ostentamos la misma posición heroica que antes. Nótese que, incluso desde el punto de vista más lúcido del significado –por ejemplo, que el significado de una oración es su uso–, tendríamos aproximadamente la misma consecuencia, porque es el *uso* de las predicciones para formular enunciados sobre el *futuro* y, entonces, una vez más, no podemos usar los enunciados históricos para formular enunciados sobre el pasado. La tesis de que los enunciados históricos son predicciones (encubiertas) ha sido suscripta, en varios sentidos, por pragmatistas como Peirce, Dewey y Lewis; y por varios positivistas, en particular por A. J. Ayer.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El primer filósofo que sostuvo esta postura, o que estuvo íntimamente vinculado a ella, parece haber sido Peirce. Escribe: “No puede negarse que las inferencias acrílicas pueden referirse al Pasado en su calidad de Pasado; pero según el pragmatismo, la conclusión de un poder razonador debe referirse al Futuro; porque su significado se refiere a la conducta, y dado que es una conclusión razonada, debe referirse a una conducta deliberada, que es una conducta controlable. Pero la única conducta controlable es la conducta futura. [...] Así, la creencia de que Colón descubrió América realmente se refiere al Futuro” (\*) (C. S. Peirce, *Collected Papers*, editado por C. Hartshorne y P. Weiss; Cambridge, Massachusetts; Harvard University Press, 1934, v, párrafo 461). Y nuevamente: “La verdad de la proposición que dice que César cruzó el Rubicón consiste en el hecho de que cuanto más forzamos nuestros estudios arqueológicos y de otro tipo, con mayor fuerza esa conclusión quedará impresa en nuestras mentes para siempre; o lo quedaría si el estudio siguiera adelante para siempre” (\*) (*Collected Papers*, v, párrafo 544).

2) Tal vez el argumento 1) confunde “significado” con “referencia”, un error filosófico nada infrecuente; pero aquí surge una dificultad diferente porque, tal vez, los enunciados supuestamente sobre el pasado no *versan* –o, más bien, no *versaron*– de nada. Al menos es lógicamente posible que el mundo haya sido creado hace cinco minutos, que esté intacto con nosotros y todos nuestros recuerdos, y que contenga todos esos fragmentos de cosas que consideramos como prueba de un mundo mucho más antiguo que el que en realidad habitamos. El carácter general y actual del mundo bien podría ser tal como es, independientemente de cuándo el mundo fue creado, y el mundo, tal como ahora lo conocemos, es compatible con una historia asombrosamente breve de sí mismo. Pero entonces, si fuimos creados hace cinco minutos, no hay nada a lo que los enunciados supuestamente sobre el pasado se refieran; por lo tanto, según cuáles sean los análisis actuales más favorecidos de lo que se llama “expresiones referentes”, todos esos enunciados serían *falsos* (Russell); si no, no podría plantearse la cuestión de su verdad o de su falsedad (Strawson).<sup>2</sup> Pero entonces, sin ninguno de estos análisis podría lograrse el objetivo histórico mínimo de formular enunciados *verdaderos* sobre el pasado. La mayor parte de los desacuerdos históricos serían espurios porque, hablando en términos estrictos, cada historiador de cualquier par de historiadores en disputa estaría afirmando una proposición *falsa*,

---

<sup>2</sup> El punto de vista de Russell era que cada proposición significativa debía o bien ser verdadera o bien ser falsa. Su célebre Teoría de las Descripciones había sido específicamente concebida para manejar oraciones cuyo significado fuera comprendido sin problemas, pero a las que no se les pudiera asignar rápidamente un valor veritativo, porque 1) esas oraciones parecían requerir que en efecto existiera algo a lo cual su término sujeto se refiriera, pero 2) no existía tal cosa. En lugar de fabricar entes especiales como referentes de oraciones como: “El rey actual de Francia es calvo”, Russell las reformula de manera tal que no requieran nuevos entes y de tal forma que le permitan a uno asignar el valor “falso” a esa oración y a su contrario natural; y, al mismo tiempo, se conserva el Principio de Contradicción. En general, todas las oraciones que emplean una expresión de referencia singular como término sujeto, y que en verdad no tienen referente, son *falsas*. Véase sobre todo B. Russell, *Introduction to Mathematical Philosophy*, 2da. edición (Londres: Allen y Unwin, 1920), cap. XVI. [Bertrand Russell, *Introducción a la filosofía matemática*, Barcelona, Paidós, 1988.] Pocos análisis filosóficos recientes han sido debatidos tan acaloradamente, y en efecto toda la historia reciente de la filosofía anglo-estadounidense podría escribirse con referencia específica a la Teoría de las Descripciones. El principal ataque crítico se lo debemos a P. F. Strawson, en su artículo “On Referring”, *Mind*, LIX (julio de 1950). La literatura posterior es considerable.

o bien estaría afirmando una proposición sobre la cual no se plantearía la cuestión de la verdad ni de la falsedad. Pero esto es precisamente lo mismo que ser escéptico sobre  $p$  y su contradictorio natural, cuando  $p$  es un enunciado supuestamente sobre el pasado.<sup>3</sup>

Debe advertirse que este argumento no es estrictamente general y, por lo tanto, involucra una objeción menos generalizada contra mi caracterización que la expresada en 1); porque incluso si permitiéramos que el mundo hubiera nacido, intacto, y todo lo demás, hace cinco minutos, de todas formas lograríamos formular *algunos* enunciados verdaderos sobre el pasado; por ejemplo, que el mundo nació hace cinco minutos, así como otros enunciados sobre sucesos que tuvieron lugar dentro de los pasados cinco minutos (en realidad, dentro de los *únicos* cinco minutos). El argumento no puede excluir todos los enunciados sobre el pasado porque, por supuesto, presupone al menos un enunciado sobre el pasado en su propia formulación. De todas formas, el argumento permite tan pocos enunciados genuinos sobre el pasado que su imposibilidad de ser perfectamente general aporta muy poco a la actividad histórica; porque ¿cuántos historiadores, en definitiva, están interesados en lo que pasó dentro de los últimos cinco minutos?

Este argumento no requiere, por supuesto, que el mundo haya, en efecto, comenzado hace cinco minutos, sino sólo que *pudo* haber sido así “según lo que me dijeron”. Pudo haber sido así o no; entonces, tal vez podamos formular enunciados verdaderos sobre el pasado, y tal vez no podamos. Si lo logramos, no podemos *saber* que lo hayamos hecho porque todas las pruebas son compatibles con el hecho de que el mundo comenzó hace cinco minutos y, entonces, no tenemos forma de saber, sobre la base de las *pruebas*, si lo logramos o no. Por lo tanto, jamás estamos en situación de saber si nuestros desacuerdos históricos son genuinos o no. Pero entonces, esto es lo mismo que ser escéptico sobre  $p$  y  $\text{no-}p$ , cuando  $p$  versa supuestamente sobre el pasado; porque cuando no estamos en condiciones –y en principio no podemos estar en dicha posición– de decir si una proposición dada es o no verdadera o falsa (o ninguna de ambas), ¿qué es esto sino escepticismo con respecto a esa proposición?

---

<sup>3</sup> Distingo entre “ $a$  duda de que  $p$ ” y “ $a$  es escéptico con respecto a  $p$ ”. La primera implica que  $a$  cree que  $\text{no-}p$ , mientras que la segunda implica que  $a$  no tiene fundamentos para elegir entre  $p$  y  $\text{no-}p$ , y suspende la creencia en ellos.

En comparación con 1), pocas personas han tomado este argumento con seriedad, salvo Bertrand Russell, quien lo formuló; y él dijo que nadie podía sostenerlo seriamente. No obstante eso, plantea de forma drástica una variedad de cuestiones sobre el tiempo, la referencia y el conocimiento, y la cuestión amerita un examen detallado.

3) Los enunciados históricos están formulados por historiadores, y los historiadores tienen motivos para formular enunciados históricos sobre una cosa pasada y no sobre otra. Y no solamente eso, sino que los historiadores albergan ciertos sentimientos sobre las cosas del pasado, y están interesados en describirlas. Algunos de esos sentimientos pueden ser personales; algunos pueden ser compartidos por los miembros de varios grupos a los pertenecen los historiadores. Tales actitudes inducen a los historiadores a hacer énfasis, a soslayar ciertas cosas y, en definitiva, a distorsionar. Debido al bagaje de actitudes que cada historiador trae consigo, ellos mismos no son siempre capaces de detectar las distorsiones que cometen. Pero esos que se dedican a detectar distorsiones tienen ellos mismos un conjunto especial de actitudes y, por ende, su propia manera de enfatizar, soslayar y distorsionar. No tener actitudes es no ser un ser humano, y los historiadores son seres humanos y no pueden, por lo tanto, formular enunciados perfectamente objetivos sobre el pasado. Cada enunciado histórico, como consecuencia de factores personales imborrables, es una distorsión y, por ende, no totalmente verdad. Entonces, es imposible que logremos formular enunciados sobre el pasado que *sean* totalmente verdaderos.

Este argumento parecería, a primera vista, abierto a la fácil acometida del sinsentido. Por ejemplo, ¿qué significaría decir que todos los objetos del mundo están torcidos? Sólo podemos determinar que una cosa está torcida en comparación y contraste con cosas rectas, y si no hubiera cosas rectas, no podemos utilizar la expresión “torcido” y que ésta tenga sentido. “Torcido” es un término que lógicamente requiere su opuesto diametral. Lo mismo pasa con las distorsiones: si no tenemos idea de cómo es un enunciado no distorsionado sobre el pasado, ¿qué sentido podemos darle a la expresión “enunciado distorsionado”? Y si *en efecto* tenemos idea de cómo es, entonces podemos, en principio, generar ejemplos de enunciados no distorsionados, y el argumento está



equivocado. Entonces, la conclusión de esta objeción es que o bien el argumento carece de sentido, o bien está equivocado.

Pero, en realidad, esta objeción no es especialmente convincente, y quienes afirman 3) pueden (y suelen hacerlo) eludirla sin dificultades. Sucede que ellos no dicen, en efecto, algo así como que “todo está torcido”, sino sólo que una cierta clase de cosas está torcida. Entonces, podría haber una clase de cosas rectas que harían que este enunciado fuera inteligible. Entonces, para volver al tema del párrafo anterior, no dicen que todo enunciado sea una distorsión, sino sólo que los enunciados *históricos* lo son. La clase de enunciados históricos se contrasta, entonces, en su conjunto, con otra clase de enunciados, presuntamente no distorsionados; es decir, la clase de los enunciados científicos. Lo que Margaret Macdonald dice sobre la crítica en la siguiente cita puede aplicarse sin dificultad alguna a la historia:

El discurso crítico sobre una obra es una construcción de ella por parte de alguien en un momento en particular y en un cierto contexto social. Así, la crítica no tiene el carácter impersonal de las reglas estrictas (y no puede tenerlo), que se aplican independientemente del tiempo y del lugar, y que son apropiadas para la ciencia y la matemática.<sup>4</sup>

Entonces, aparentemente sabemos qué tipos de relatos son “objetivos”: los que son independiente del tiempo, del lugar y de las actitudes personales de quien los narra. Pero los criterios precisos que nos permiten saber cuándo un relato es objetivo nos permiten, también, saber cuándo un relato no lo es. No podemos narrar un relato del *mismo tipo* que un relato que, según afirmamos, no es objetivo, lo cual es en sí mismo objetivo porque tal relato estaría de nuevo relacionado con nuestro propio tiempo, lugar y actitudes personales; porque sabemos que *cualquier* relato de ese tipo no es objetivo. Los relatos históricos son todos de ese tipo.

El argumento 3), de una u otra forma, ha sido defendido por una serie de pensadores de diferentes ideologías. Nietzsche, por ejemplo, lo usaba en un célebre aforismo que fue, con posterioridad, citado aprobatoriamente por Freud. Decía: “Mi memoria dijo que yo hice esto. Mi orgullo me dice que no pude haberlo hecho. Mi memoria sucumbe, y mi orgullo

---

<sup>4</sup> Margaret Macdonald, “Some Distinctive Features of Arguments Used in Criticism of the Arts”. Reimpreso en M. Weitz (ed.), *Problems in Aesthetics* (Nueva York; Macmillan, 1960), pág. 696.

permanece incólume”.<sup>5</sup> Aquí, el orgullo ha distorsionado la memoria, y lo que quiero creer sobre el pasado distorsiona la verdad. Pero, por supuesto, es lógicamente posible que cada uno de mis recuerdos se haya visto afectado por el orgullo o, lo que es lo mismo, por mis actitudes, deseos o sentimientos. Entonces, cada recuerdo *puede* ser una distorsión “según lo que me dijeron”. No tengo manera de saberlo; es decir, si mi recuerdo es correcto o no. E incluso si es correcto, no tengo forma de decir que lo es. Podría objetarse que seguramente tengo formas; puedo apelar a las pruebas independientes. Pero si las pruebas independientes consisten en apelar a los recuerdos de los demás, ¿qué fundamento tengo para suponer que sus recuerdos están menos distorsionados que los míos? Es cierto, hay pruebas de otros tipos; por ejemplo, lo que se escribe en un diario íntimo, los recortes de periódicos y otras por el estilo. Pero en este exacto punto sobreviene el argumento *general* relativista número 3), y mi evaluación de las pruebas de nuevo se verá influida por factores personales, y así sucesivamente. El argumento de Nietzsche, en definitiva, no se circunscribe a la memoria. En mi diario puede haber algo escrito que diga que yo hice esto o aquello. Me reprocho el haberlo hecho, y mi fe en el diario se desploma: digo que otra persona debe haberlo escrito, o que lo hice en broma.

Este argumento me parece el más impresionante de los tres, pese al hecho de que la forma en que lo expresaron sus principales favorecedores, Beard, Becker y Croce, ha sido distorsionada por las actitudes, prejuicios y sentimientos especiales que tenían. Se necesita una buena dosis de limpieza y lustre lógico, pero al final hay algo correcto e importante en este argumento; en párrafos siguientes modificaré mi caracterización mínima de la historia en función de dicho argumento. En verdad, ya me he comprometido con puntos de vista que a dicho argumento le deben parecer amables; porque dije que la significación histórica depende de la significación no histórica, y que esta última es en gran medida una cuestión de las actitudes e intereses locales de cada historiador. Entonces, se sigue que todo nuestro modo de organizar el

<sup>5</sup> F Nietzsche, *Beyond Good and Evil*, II, párrafo 68. [F Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, Madrid, Alianza, 1972.] La cita realizada por Freud se encuentra en “The Psychopathology of Everyday Life”, en *Basic Writings* (Nueva York: Modern Library, 1938), pág. 103. [Sigmund Freud, “Psicopatología de la vida cotidiana”, en *Obras completas*, vol. 1, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948].

Arthur C. Danto

pasado está causalmente involucrado con nuestros propios intereses locales, sean éstos los que sean.

Ahora consideraré todos estos argumentos en el orden en el cual los he expuesto, y le dedico a cada uno un capítulo.